

sus grandes pecados¹. Mira luego la paciencia y mansedumbre del Salvador, que, aunque estaba ausente, lo veía todo, y no se vengó de tan injurioso decreto, sino dió lugar á la ira de sus enemigos hasta su tiempo, disimulando con ellos, como si no supiera sus malos tratos; en lo cual cumplió lo que había dicho por Jeremías²: «Descubrísteme, Señor, sus estudios y tratos; pero yo húbeme como un cordero que es llevado al matadero, como si ignorara los consejos que habían pensado contra mí, diciendo: Entremos un madero por su pan, y arranquémosle de la tierra de los vivos». Reflexiona, por fin, cuán fieles fueron los discípulos en acompañar á su divino Maestro en todos estos trabajos y retiramientos, especialmente en éste, ponderando cómo Cristo nuestro Señor en aquella ciudad, que era pequeña y cercana al desierto, se estaba aparejando para la muerte, muy gozoso de que se iba acercando su hora. ¡Oh Redentor del mundo, Remediador del linaje humano! Ya está publicado el decreto de vuestra muerte por boca de un sumo pontífice, aunque malo, pero movido del Espíritu de vuestro Padre para ello. Apercibíos, Señor, para la batalla que os está amenazando, para que, muriendo, alcancéis la victoria que todos esperamos. Y pues ahora ya la habéis ganado, no permitáis que yo pierda el fruto de ella. ¡Oh si todos nos preparáramos como Jesús para luchar con nuestros enemigos! ¿Por qué no lo hacemos? ¿Por qué no imitamos la paciencia y mansedumbre que usa con los que le odian y persiguen?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán poderosa es la pasión del odio para juntar y unir á los malos contra los buenos! Los fariseos, que miran á Jesús como á su más capital enemigo, porque les descubre sus hipocresías y maldades, y que le odian de muerte al ver lo portentoso de los milagros que realiza, previendo que la gente se iría tras Él, como era muy justo y natural, se reúnen bajo la presidencia del sumo sacerdote Caifás, y, después de ligera y apasionada reflexión sobre los milagros del Señor, se levanta aquel mal Pontífice y pronuncia contra Él sentencia de muerte. Pero, ¡cuán altos y soberanos son los juicios de Dios! El mismo Espíritu Santo quiso que fuese una profecía, sumamente gloriosa para Jesús, lo que Caifás había dicho movido de la envidia, ira y deseos de venganza. Así sabe aprovecharse de la malicia de los hombres para salir adelante con sus intentos. Pero mira los edificantes ejemplos de Jesús en este caso. Sabe todo lo que han tratado los judíos; nada se le ha escondido de cuanto han resuelto; sin embargo, sus pensamientos no son pensamientos de venganza. Mansísimo y pacientísimo, da lugar á la ira de ellos; y á fin de prepararse con más quietud y reposo para el día de la lucha, se retira á una humilde ciudad,

¹ Prov., II, 14. — ² Jer., XI, 18.

contigua al desierto. ¿Qué nos dice todo esto? ¿Sentimos alguna ira ó antipatía contra los que nos han injuriado? ¿No nos contrista é intimida la malicia, obstinación y ceguera de los judíos? ¡Ay del hombre endurecido! Y, con todo, no hay nadie que no pueda caer en tan detestable estado. Temamos el orgullo, la tibieza, la envidia, pasiones que condujeron á la perdición á los malvados judíos, y para evitarlas, propongámos ser humildes, fervorosos y caritativos, pidiendo gracias para ello; no olvidemos el rogar por las demás necesidades.

110.—LAS DOS BANDERAS.

PRELUDIO 1.º Representate dos campos: uno todo es humo y confusión, presidiendo Lucifer: el otro es todo paz y claridad, y preside Jesús.

PRELUDIO 2.º Pide gracia para descubrir y evitar los lazos del primero, y conocer é imitar las virtudes del segundo.

Punto 1.º *Bandera de Lucifer.*—Considera una espaciosa llanura, y en medio de ella un trono de fuego y humo, sobre el cual se sienta Lucifer, príncipe de los demonios y de todos los réprobos; á su alrededor todo es confusión y desorden; sus miradas son terribles; sus ojos como carbones encendidos; en su mano tiene un estandarte, en torno del cual se reúne innumerable multitud de gentes de todas clases, condiciones y estados. Allí están los demonios, que fueron los primeros que se rebelaron contra Dios. Allí se hallan todos los hombres que se han hecho esclavos de sus pasiones....: los soberbios...., los ladrones...., los envidiosos...., los impúdicos....: todos los malvados que asombraron al mundo con sus crímenes, y no hay uno solo que no sea abominable por sus vicios. Pondera cómo Lucifer, rabioso por aniquilar el reinado de Jesucristo y por perder á los hombres, se dirige á todos los ministros que le rodean, y les manda con dureza que tiendan lazos á la virtud, que se esfuercen en hacer caer á los hombres. Primero quiere que despierten y aviven en el corazón de ellos el amor á las riquezas y bienes del mundo, para que lo aparten de los bienes del cielo; luego, que les induzcan á buscar con afán los placeres del sentido, sin considerar su vileza, malicia y desorden; por último, que fomenten en ellos la soberbia y orgullo, abismo sin fondo, de donde salen todos los pecados, como de su inmunda fuente. ¡Mira con qué actividad trabajan en su perniciosa obra los ministros de Lucifer! ¡Cuántos sacrificios se imponen para lograr sus intentos! ¡Cuántos lazos tienden! Compañías, amistades, diversiones, libros, sociedades, necesidades propias y ajenas, inclinaciones sensuales, todo lo ponen en juego para lograr sus intentos. Y desgraciadamente alcanzan lo que pretenden.... ¡Cuántos incautos se dejan seducir por sus promesas! ¡Cuántos insensatos se enredan voluntaria-

mente en sus lazos! ¡Cuántos miserables, no contentos con haberse dejado seducir, trabajan por seducir á otros! Y tú, ¿has sido preso en los lazos del demonio? ¿Te has alistado á su bandera? ¿Has sucumbido á sus tentaciones? ¡Oh amantísimo Jesús! Mirad los peligros en que me veo; el demonio, rabioso por no haberos podido vencer á Vos, trabaja por triunfar de mí, que soy vuestro discípulo. Levantaos, Señor, y juzgad vuestra causa; defendedme del enemigo y libradme de sus lazos, para que jamás pueda decir: «Prevalecido he contra él».

Punto 2.º *Bandera de Jesús.*—Considera en este punto á Jesucristo en amena campiña, rodeado de sus discípulos, con un estandarte en la mano, invitando á todos á que le sigan. Él es el más hermoso de los hijos de los hombres; es padre ternísimo, médico caritativo, pastor amorosísimo, maestro sapientísimo: su humildad, modestia, caridad, paciencia y demás virtudes, son en grado infinito. Si llama discípulos á su escuela y soldados á su bandera, no es por interés propio; sólo por amor. Mira la distinguida compañía que consigo tiene. Allí están juntos los santos y los justos de todos los siglos: patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, doctores, pontífices. Allí no hay un vicioso, ni una sola de las debilidades que deshonoran á la humanidad; allí, por el contrario, se hallan todas las virtudes llevadas hasta el heroísmo. Pondera luego los designios de este dulce Capitán. Pretende conquistar á los hombres y darles la felicidad única que se puede disfrutar en este mundo y en el otro. Yo he venido, dice, para darles vida y dársela abundante¹. El Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que había perecido². Para esto envía á sus discípulos por todo el mundo, encargándoles que con toda sinceridad y verdad prediquen su doctrina, que inculquen á los hombres el desasimiento de lo terreno, la abnegación propia, la sólida virtud, y el buscar sobre todas las cosas su reino celestial; y que prometan á cuantos les escuchen y sigan, no bienes terrenos, sino bienes celestiales; no los goces del mundo, sino los de la patria celestial. Sin embargo, ya en este mundo deja experimentar no pocas veces, aunque de paso, la dicha y felicidad que acompañan á su seguimiento. Mira, finalmente, el éxito de esta empresa. ¡Innumerables pecadores felizmente arrancados al infierno! ¡Millares de discípulos conquistados para la humildad y pobreza evangélica! ¡Numerosos apóstoles formados para la salvación de las almas y gloria de Dios! ¡Oh Jesús! Gracias mil por el favor que habéis hecho al mundo, viniendo á sacarle del lamentable estado en que se hallaba. Sólo el amor os ha obligado á descender del cielo, para que en alas de vuestra gracia subieran allá los que, ciegos por la pasión, se precipitaban al abismo de los infiernos. ¡Cuán locos

¹ Joan., x, 10. — ² Luc., xix, 10.

son los hombres que no os quieren escuchar ni seguir! ¿Seré yo uno de estos desventurados? ¿Lo he sido alguna vez?

Punto 3.º *Elección entre las dos banderas.*—Considera la indispensable necesidad en que te hallas de seguir á alguno de estos dos capitanes. Seguir á entrambos es imposible, porque nadie puede servir á dos señores¹. Permanecer neutral no puede ser, puesto que Jesús ha dicho: «El que no está conmigo, está contra Mí²». En esta precisa alternativa, ¿á quién escogerás? ¿Á qué bandera te alistarás? Pondera para tu acierto primeramente las cualidades de uno y otro: Jesús reúne todas las excelencias y encierra en sí todos los tesoros que pueden cautivar tu corazón; Lucifer abarca todo cuanto puede merecer la aversión y el odio. Jesús ha sido para ti el más generoso de los bienhechores; Lucifer el más cruel de los enemigos. Mira luego los propósitos de uno y otro: Jesucristo pretende asociarte á sus trabajos en este mundo, y después á la felicidad y gloria en el cielo; Lucifer intenta hacerte cómplice de sus crímenes, y después compañero de su tormento. Escucha también las promesas que te hacen: Jesucristo promete bienes sólidos, infalibles, infinitos, eternos; todos los elegidos dan testimonio de la verdad de sus promesas; todos confiesan que no se han engañado al decidirse á seguirle, y confiesan que sus premios y recompensas exceden infinitamente á sus promesas; Lucifer ofrece bienes indignos del hombre, que siempre dejan un vacío inmenso en el corazón, que no harán sino aumentar la sed y el disgusto, que pasarán muy presto, y terminarán en suplicios eternos. Tales son las condiciones, cualidades, pretensiones y promesas de los dos caudillos que solicitan tu servicio. ¿Á quién escogerás? ¡Qué ingratitud será la tuya si vuelves las espaldas á Jesucristo! Él tiene derechos soberanos sobre ti. Él te ha criado, conservado, redimido; por ti se ha cansado, ha orado, ha sufrido tormentos inmensos, y ha dado su vida y te ha colmado de favores. Y ¿no le seguirás? ¿No le escogerás por tu Rey, caudillo, capitán y todas tus cosas? ¡Oh dulce Jesús! Abrid los ojos de tantos ciegos que no os conocen, y por eso no os aman ni os quieren por su soberano. Llamadme con eficacia; atraedme con los dulces atractivos de vuestro amor, y concededme que con firme resolución os diga siempre: «Yo os seguiré. Señor, donde quiera que vayáis».

Epílogo y coloquios.—¡Cuán peligroso es el estado del hombre que peregrina sobre la tierra! Dos caudillos, enemigos irreconciliables entre sí, solicitan sus servicios, y le invitan á que se aliste á su respectiva bandera. Lucifer, príncipe de los soberbios, sentado en un trono de fuego, rodeado de satélites, envía sus ministros al mundo para que tienten, soliciten y tiendan lazos á los desgraciados mortales, y con promesas mentidas y

¹ Matth., vi, 24. — ² Luc., xi, 23.

halagüeñas ofertas les induzcan á ponerse á sus órdenes. Jesucristo, manso y humilde, cercado de amantes y fieles discípulos, manda á sus enviados á que arranquen del pecado á los desgraciados que se hallan sumergidos en él y los conduzcan á sus dichas filas. Tú has sentido innumerables veces el llamamiento de uno y otro caudillo; y quizá has sucumbido no pocas en las luchas con que te ha combatido el demonio. Has vuelto las espaldas á Jesús para asociarte á su enemigo. Y ¿quién sabes, no contento con ser de su bando, has llegado hasta el extremo de ayudarle en su obra criminal con tus malos ejemplos y peores palabras? Vuelve ahora sobre tus pasos, y mira lo que te conviene hacer; examina bien á cuál de los dos capitanes te importa más seguir. Sus cualidades, pretensiones, ofertas, promesas y premios te iluminarán para que aciertes. ¿Qué querías haber escogido en la hora de tu muerte? ¿Qué consejo darías á un amigo por quien te interesaras? Piénsalo con mucha reflexión, y con fervorosos coloquios pide á la Virgen Santísima, al mismo Jesús y al divino Espíritu, que te guíen y te concedan todas las gracias que pretendes alcanzar.

III.—TRES CLASES DE HOMBRES.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús, diciéndote: «Si quieres venir en pos de mí, niegate á ti mismo, toma tu cruz, y sígueme».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de escoger siempre lo que sea más agradable á su Divina Majestad.

Punto 1.º *Primera clase, de los que desean el fin, pero no quieren practicar medios.*—Considera cómo á la primera clase de hombres pertenecen todos aquellos que no quieren dar á Jesucristo más que deseos. Tales son aquellos cristianos que, convencidos de la verdad de la religión, de la malicia del pecado, del peligro de una muerte repentina, dicen que desean convertirse, hacer penitencia, alcanzar la gloria del cielo; empero no quieren practicar los medios necesarios para ello. Repúgnales la penitencia, háceseles duro dejar sus gustos y placeres criminales, no pueden soportar la abnegación, la oración, la mortificación. Estos desgraciados son semejantes á un enfermo que quiere curarse, pero no quiere tomar ningún remedio para lograr la salud: lo cual prueba que no la desea con verdadera voluntad. Y por más que proteste tener este deseo, sus obras lo desmienten. ¡Oh cuán fatal y peligrosa es la situación y el estado de tales cristianos! Ellos conocen lo que deben hacer, no les excusa la ignorancia, están persuadidos que van por un camino extraviado; y, sin embargo, por su flojedad, pereza ó malicia, no se apartan de él. ¡Cómo abusan de las luces que el Señor les comunica! ¡Cómo resisten á las inspiraciones del Espíritu Santo! Son estos

tales semejantes á aquellos judíos rebeldes á la voz del Señor, de quienes dijo: «Si no hubiese venido, y no les hubiera predicado, carecerían de pecado; pero ahora son inexcusables». Estos desgraciados se representan en aquella tierra maldita, de la cual, hablando san Pablo, dice² que recibe el agua y rocío del cielo, y con todo sólo produce espinas y abrojos, por lo cual es aborrecida de su dueño, amenazada con su maldición, y termina por pegarla fuego. ¡Ay de ti si pertenecieses á esta clase de hombres! Motivo tenías para temblar ante las amenazas divinas. ¡Oh gran Dios! No permitáis que sea yo tan loco, que pretenda destruir el orden de vuestra divina Providencia, según el cual, para obtener un fin, es necesario practicar los medios á él conducentes; dadme deseos de mi santificación, pero tan eficaces, que me obliguen á hacer todo lo necesario, hasta alcanzarla.

Punto 2.º *Segunda clase, de los que desean el fin, pero por los medios acomodados á su amor propio.*—En este punto has de considerar la necedad de la segunda clase de hombres, la cual comprende á todos aquellos que desean el fin, ya sea la salvación eterna, ó la conversión, ó la santificación, pero ni quieren poner en práctica todos los medios que á él conducen, ni siquiera los seguros para obtenerlo. Quieren convertirse, mas sin abandonar la ocasión y peligro; desean salvarse, y para esto hacen limosna y otras obras, pero no quieren restituir todo lo mal adquirido; pretenden santificarse, y para esto se entregarán á la oración, harán algunas penitencias; empero no se deciden á vencer del todo el amor propio, á negar por completo su voluntad. Éstos se parecen al enfermo que quiere curarse, pero que no quiere tomar sino ciertos remedios, desechando otros, los únicos tal vez que serían eficaces. Reflexiona sobre ti mismo, y sobre tu proceder, y con dolor quizá habrás de confesar que te hallas incluido en esta desventurada clase de hombres. ¿No has sentido innumerables veces internas inspiraciones de mayor recogimiento y abstracción de las cosas del mundo, de más constante silencio, de mayores penitencias y mortificaciones? ¿No te dice el corazón que debieras ser más humilde, vencer esas antipatías é inclinaciones sensibles, privarte de esas pequeñas satisfacciones? Y tú no acabas de resolverte. Con lo cual impides el fruto de tus santos ejercicios, te haces merecedor de que Dios vaya retirando de ti su gracia y sea escaso contigo, como tú lo eres con Él; expones tu eterna salvación, porque, no llegando al grado de virtud á que debías llegar, corres peligro de no llegar tampoco á la altura del trono que Dios te había preparado en el cielo, y te veas rechazado de allí. ¡Oh Dios mío! Si Vos habéis sido tan largo en favorecerme, no quiero yo ser corto en servirlos. Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha; mostradme vuestra voluntad, que no de-

¹ Joan., xv, 22. — ² Ad Hebr., vi, 7.

seo otra cosa sino cumplirla, cueste lo que costare. ¿Son estos los sentimientos de nuestro corazón? ¿Tenemos reservas para Dios? ¿Pertenece á esta segunda clase?

Punto 3.º *Tercera clase, de los que quieren eficazmente el fin y practican todos los medios para alcanzarlo.*—Considera cómo la tercera clase de hombres comprende á todos aquellos que, sin vacilaciones, dudas ni reservas, se entregan del todo á Dios. Tales son aquellos que, queriendo eficazmente la salvación, ó la conversión, ó la santificación, no reparan en la dificultad ni aspereza de los medios, sino que, con grande corazón y decidida voluntad, los aceptan todos, aunque repugnantes á su carne, contrarios á su amor propio y dificultosos en la ejecución. Á éstos, nada se les pone delante, y nada miran como obstáculo para lograr su fin, porque están decididos á sacrificarlo todo y perderlo todo antes que dejar de alcanzarlo. Son como el enfermo que con eficacia quiere la salud, el cual se abandona sin restricción en manos del médico para que purgue, corte, queme y practique todos los medios, por repugnantes que sean, para alcanzar la salud perdida. ¡Feliz estado el de los hombres de esta tercera clase! Ellos, sin ninguna duda, lograrán lo que pretenden. ¿Puedes tú contarte entre estos afortunados? Para moverte á tomar esta determinación, mira lo que hacen los mundanos. Lo sacrifican todo por dar contento y agradar al mundo; y ¡qué mundo! Riquezas, honores, reposo, descanso, todo lo ponen á su servicio. ¿Y no harás tú por Dios y por tu alma y felicidad eterna lo que ellos por un mundo tan perverso? Mira al demonio, tu enemigo capital; ¡cuánto hace para perderte! No omite ningún medio, no retrocede ante ninguna dificultad para lograr su intento. ¿Serás tú menos celoso de tu bien que él lo es de tu perdición? Fija, sobre todo, los ojos en lo que hace Jesús por ti; y al verle en el pesebre, con la cruz á cuevas, en el tabernáculo de día y de noche, cubre tu rostro de vergüenza, considerando tu propia miseria, mezquindad é indecisión. ¡Oh amantísimo Jesús! Basta ya de tanta ingratitud y miseria. ¿Cómo me habéis sufrido por tanto tiempo? ¿Cómo no os habéis cansado de mi indecisión y corta voluntad? Haced, Dios mío, que en lo sucesivo oiga vuestra dulce voz con tal voluntad, que no resista un punto á la vuestra, y cumpla todo cuanto deseéis, aunque me cueste la sangre y la vida.

Epilogo y coloquios. Todos los hombres buscan la felicidad y el cielo; todos desean su salvación; pero, ¡qué diferencia tan inmensa hay entre unos y otros! Unos desean salvarse, mas no quieren practicar medios para ello; otros están dispuestos á practicarlos, pero no todos, sino sólo los que son conformes á su amor propio; otros, en fin, tienen firme y decidida resolución, y no perdonan sacrificios ni reparan en dificultades, á trueque de alcanzar la salud eterna. Estos son los prudentes; ellos llegarán á su fin. También entre los religiosos se hallan estas tres clases.

Muchos desean la santificación de su alma, pero no quieren poner en práctica los medios necesarios para esto; otros la desean y hacen algo para conseguirla, mas no todo; y otros suspiran también por ella, y con tal eficacia, que hacen cuanto está de su parte para lograrla, aunque hayan de negarse, sacrificarse y domar su amor propio. ¡Dichosos los que han llegado á formar parte de esta distinguida clase! Ellos cantarán victoria de todas sus pasiones y adquirirán todas las virtudes que les han de merecer una brillante é inmortal corona. ¿Aspiras tú á tal felicidad? ¿En cuál de las tres clases te hallas? Sólo en la tercera hay seguridad; sólo esta clase nos asegura las bendiciones de Dios y la abundancia de su gracia, porque sólo los que á ella pertenecen son generosos con Él, y, en consecuencia, tienen derecho á esperar que Él lo sea con ellos. Esforcémonos, en vista de esto, en pertenecer á esta afortunada clase; y, para alcanzarlo, hagamos propósitos prácticos y con firmeza, y roguemos con todo fervor por nosotros y por todo el mundo.

112.—TRES GRADOS DE HUMILDAD.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesucristo, diciéndote: «Aprende de Mí, que soy manso y humilde de corazón».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de renunciarte perfectamente á ti mismo, á ejemplo de Jesucristo.

Punto 1.º *Primer grado, que consiste en sufrirlo todo antes que pecar mortalmente.*—Considera cómo la primera manera de humildad, como dice san Ignacio, es necesaria para la salud eterna, y consiste en que te bajes y te humilles cuanto sea necesario para obedecer en todo á la ley de Dios, de tal suerte, que, aunque te hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la vida propia temporal, has de quebrantar un mandamiento, sea divino, sea humano, que te obligue á pecado mortal. Pondera los motivos poderosísimos que deben inducirte á echar profundas raíces en este primer grado de humildad. La malicia del pecado mortal es infinita; es un mal sobre todos los males, castigado por Dios con eternos y espantosos suplicios. Dios es el Soberano Señor de todo, y tiene sobre ti absoluto y perfecto dominio, y á su autoridad suprema todo debe estar subordinado, y cuando Él manda, el hombre, criatura suya, ha de obedecer, aunque le haya de costar el honor, la fortuna y la misma vida. La muerte se acerca, y con ella el juicio, que será, espantoso para aquellos que hayan pospuesto á Dios á las criaturas. El premio para los fieles en perseverar en este grado, será infinito. Una pléyade innumerable de mártires de toda edad, sexo, condición, renunciaron á todas las cosas, incluso la vida, antes

que caer de él, y por este motivo, como dice san Pablo ¹, sufrieron el ser apedreados, aserrados, probados con mil tormentos, y morir á filo de espada. Esto exige la prudencia, cordura y sensatez; proceder de otra manera es la mayor locura, es vender lo eterno por lo temporal, Dios por la criatura, delicias inefables por un placer transitorio. ¿Qué dices tú á todo esto? ¿Te encuentras en este grado? ¿Estás dispuesto á perderlo todo, sacrificarlo todo, y negarte en todo, antes que ofender gravemente á Dios? ¡Oh Señor! Confuso estoy al recordar mi vida pasada. ¡Cuántas veces, por no privarme de un gustillo momentáneo, he perdido á Dios! Un empleo, un vil interés, un respeto humano: todo lo he antepuesto á Vos. Para Vos he reservado el último rincón de mi alma, y cualquier criatura ha podido arrojaros de ella. Mas, basta ya de ingratitud; reinad en mí, Dios mío, como soberano dueño.

Punto 2.º *Segundo grado de humildad, que consiste en sufrirlo todo antes que pecar venialmente.*—En este punto has de considerar cómo la segunda humildad ó el segundo grado de ella es más perfecto, y consiste en que te halles en tal punto, que no quieras ni te afectes más por tener riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios y la salud de tu alma; y con esto, que por todo lo criado, ni porque te quitasen la vida, has de consentir en un pecado venial. Pondera cómo esta disposición de ánimo, aunque muy perfecta, es también necesaria. La razón dicta que te has de hallar indiferente en orden á las criaturas, tomando y usando de ellas sólo en cuanto te conducen al Criador. Poner en ellas tu fin es un crimen gravísimo contra Dios; por lo mismo que son medios, sólo debe el hombre servirse de ellas en cuanto le conducen á su fin. Y cometer un pecado venial por huir de la pobreza, por librarse de un trabajo ó alcanzar algún bien, es faltar á la justa y razonable indiferencia en que debes hallarte acerca de aquellas cosas que esencialmente son medios. Pondera algunas razones que deben moverte á aborrecer el pecado venial: su malicia es en cierto modo infinita: después del pecado mortal, no hay otro mal que le iguale: Dios lo aborrece íntimamente y lo castiga con horribles suplicios en este mundo y en el otro: los efectos que causa en el alma son tristísimos, porque debilita la caridad y dispone para la culpa mortal: por fin, muchos santos han preferido la muerte al pecado venial. Considerando todo esto, has de mirar atentamente cuál es tu regla de conducta acerca del pecado venial y de la indiferencia en el uso de las criaturas. ¿Estás dispuesto á perderlo todo, humillarte á todo, antes que pecar venialmente y perder esta necesaria indiferencia? ¡Oh Dios mío! Auxiliad mi flaqueza; fortaleced mi debilidad. Quiero preferiros á

¹ Hebr., xi, 37.

todo, y antes querré morir que daros el más ligero disgusto. Pero mi experiencia pasada me confunde, y mi inconstancia me hace temer. Ayudadme con vuestra gracia, para que no vacile en desagradar á todo el mundo y á mí mismo, antes que desagradaros á Vos, infinitamente digno de ser amado.

Punto 3.º *Tercer grado de humildad, que consiste en la perfecta imitación de Jesucristo.*—Considera cómo la tercera humildad ó el tercer grado de esta virtud es perfectísimo, y consiste en que, incluyendo los dos anteriores, siendo igual alabanza y gloria de su divina Majestad, por imitar y parecerse más á Cristo, quieras y elijas más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo. ¡Qué virtud tan heroica encierra este grado de humildad, en el cual se imita con la mayor perfección posible á Jesucristo, supremo modelo del hombre, de quien dice el Apóstol ¹ que, habiéndole propuesto su Padre el gozo y la cruz, escogió ésta, despreciando su ignominia. Pondera la dicha inefable de que gozan los que han llegado á este supremo grado de humildad. Su paz es inalterable, su alegría imperturbable. ¿Qué podrán temer en el mundo? Todo lo que los hombres temen, para ellos es objeto de deseo; y lo repugnante del mundo forma toda su delicia. Jesucristo se comunica con inefable plenitud á estas almas afortunadas; porque sabe que no han de abusar de sus dones y convertirlos en su propio provecho, con menoscabo de la divina gloria. Este grado es el camino más seguro para la salvación; porque te aparta de todos los peligros que acompañan á los bienes del mundo; el más corto, porque en un momento te libra del pecado y te eleva á todas las virtudes; el más meritorio, porque encierra una serie no interrumpida de sacrificios, y, por consiguiente, de méritos para la eternidad. ¡Oh, si te esforzaras en llegar á él! Aquí serías temido de tus enemigos, que ya no se atreverían á tentarte; admirado de los hombres, que se asombran de ver á uno de su misma naturaleza que así menosprecia las cosas que ellos más aman, y favorecido de Dios, el cual tiene en los humildes sus complacencias. ¡Oh alma religiosa! Levanta tus ojos al cielo y mira allá á tus hermanos, que se hallaron en el mundo como tú, tuvieron las mismas tentaciones, sufrieron idénticas ó mayores tribulaciones; pero supieron abrazarse con ellas por amor á Jesús, y ya reciben el premio. ¿No procurarás imitarlos? ¿Qué debes hacer?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del hombre que no procura conservarse en el primer grado de humildad! Si no detesta el pecado mortal sobre todos los males, si no prefiere sufrir cualquier trabajo, aunque durísimo, antes que cometerlo, ya puede des-

¹ Hebr., xii, 2.

pedirse de la gloria: el cielo no será para él; debajo sus pies el infierno abre su espantosa boca para devorarle. No debes tú contentarte con este primer grado, sino pasar al segundo, que, aunque perfecto, es obligatorio y, en cierto modo, necesario. Preferir todas las persecuciones, desprecios, humillaciones, antes que consentir en un pecado venial; estar indiferente en orden á las cosas del mundo, abrazando con igual sentimiento y afecto las dulces que las amargas, las agradables que las repugnantes: en esto consiste el segundo grado de humildad. ¿Te encuentras en él? ¡Ah! ¡Si logras subir al tercero! ¡Si en igualdad de circunstancias prefirieses las deshonras, desprecios, humillaciones, á las honras, alabanzas y aplausos, y esto sólo por conformarte con Jesús, entonces podrías decir que has llegado al tercer cielo. ¡Qué paz! ¡Qué seguridad! ¡Qué estado tan á cubierto de todos los enemigos! Y, ¿no deseas llegar á él? ¿No sientes la necesidad que de él tienes? ¿Piensas acaso que es imposible? Dios no propone cosas imposibles, pero sí perfectas. Aliéntate, pues; Jesús va delante; millares de santos de todos estados, edades y condiciones te han precedido por este camino. Forma, en vista de esto, propósitos muy eficaces de abrazar el tercer grado de humildad; desea con viveza el no ser conocido y ser reputado por nada. Y si sientes tu flaqueza, pide con humildad la gracia que necesitas, y ruega por todo el mundo.

113.— PARÁBOLA DE LOS QUE EDIFICAN SOBRE ARENA Y LOS QUE sobre piedra.

PRELUDIO 1.º El que cree y obra la doctrina de Cristo es como el cuerdo que edifica sobre piedra, cuyo edificio no es batido por las lluvias, vientos ni ríos; el que la cree y no la obra, es como el que edifica sobre arena, siendo derribada su casa.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide con fervor una fe muy viva, esto es, acompañada de las obras.

Punto 1.º *Necedad de los que creen y no obran según su fe, y cordura de los contrarios.*—Considera cómo Jesucristo en esta parábola¹ presupone que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos hay sabios que la ponen por obra, y otros hay necios que se contentan con creerla sin obrarla. Con razón los llama con este nombre, porque, así como no hay mayor sabiduría y discreción que creyendo obrar según la fe que se tiene, así no hay mayor y más perjudicial necedad y locura que creer lo que dice Cristo y hacer lo contrario. Y ¡cuántos son, por desgracia, estos necios! Creen que hay infierno, y viven como si no le hubiera; creen que Dios está en todo lugar, y le ofenden como si no estuviera. Pondera luego la variedad de tentaciones con que es

¹ Matth., vii, 24; Luc., vi, 48.

probada la vida de todos los hombres, figuradas por las lluvias, vientos y ríos, de que hace mención el Salvador; porque unas vienen de Dios, significadas por la lluvia que cae del cielo; otras del demonio, príncipe de este aire tenebroso, representadas por los aires; otras de nuestra carne ú hombres carnales con quienes conversamos, indicadas por los ríos. Además, unas son de sensualidad y avaricia, figuradas por los ríos; otras de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; y otras de soberbia y ambición de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias. Por fin, como los ríos baten la casa por los cimientos, los vientos por los lados, y las lluvias por el tejado, así unas tentaciones se sufren en los principios, otras en medio de las obras, y otras al fin; unas combaten á los principiantes, otras á los proficientes, y otras á los perfectos. De lo cual has de sacar que la diferencia entre cuerdos y necios no está en que unos padecen tentaciones y otros no, sino en que los primeros triunfan de ellas, y se fortifican más en la virtud, enriqueciéndose de grandes méritos, y los segundos sucumben miserablemente en ellas. Por lo cual no pienses que, si dejas de hacer lo que Dios te inspira, te veas libre de tentaciones; al contrario, tal vez entonces serán más recias y vehementes, y te verás privado de los auxilios especiales que el Señor te hubiera concedido si hubieses seguido su inspiración. ¡Oh buen Jesús! Pues es vuestra voluntad que sufra tentaciones, yo me ofrezco gustoso á padecerlas por vuestro amor; sólo os pido que no sea yo del número de los necios, aunque éste sea infinito¹, sino que, como verdadero sabio, obre conforme á la fe que me enseñáis, y salga con victoria de ellas. Y tú, cristiano, ¿eres sabio ó necio? ¿Obras conforme á tu fe, ó de un modo opuesto á ella? ¿Qué tentaciones permite el Señor que padezcas? ¿Cómo te portas en ellas?

Punto 2.º *Cómo se cae la casa de los necios.*—Considera cómo la casa ó la conciencia de los necios se cae por estar fundada sobre arena. En esto está su necedad más calificada; edificar sobre tan flaco cimiento una casa que saben que ha de ser tan combatida. Y la edifican sobre arena, porque fundan su vida en sola fe, contentándose con creer lo que Dios dice, sin propósito de cumplirlo, ó en un propósito muy flaco y mudable; ó porque la fundan en la fe mezclada con la tierra movediza de sus aficiones ó de las cosas terrenas, como son hacienda, honra ó regalo; y como la arena no es buena para cimiento, por tener sus partes desunidas, así no lo es el corazón dividido en varias aficiones que no están unidas en Dios; finalmente, edifican sobre arena los que se fundan en su propia naturaleza, estribando en sus propias fuerzas y en la mutabilidad de su propia voluntad y de su propio juicio y parecer. De aquí procede que, como tales casas no

¹ Eccles., i, 15.